

Arte y Política de la Ciencia

Bernardo A. Houssay y Harold Varmus

Science is an inherently paradoxical activity... Scientists may work and compete as individuals, but the competitive efforts are ultimately directed to the construction of a common edifice, knowledge of the natural world. There are few other fields in which such fierce independence serves the public good in such a transparency shared fashion.

Harold Varmus

The Art and Politics of science. New York: Norton, 2009

Hacer investigación básica es un arte en sí. Para competir en el “mundo del investigador” se necesitan aptitudes innatas, aplicación adecuada, dominio de técnicas, constancia, perseverancia e información, lo que implica una vocación con dedicación exclusiva (*full-time*), llevada a cabo en una virtual torre de marfil. Para un investigador, recibir el Premio Nobel es considerado el pináculo de su carrera científica: pocos lo alcanzan pero muchos lo tienen como meta y sueñan en alcanzarlo. Cada año se hacen conjeturas, adivinanzas y hasta loterías para adivinar a los candidatos, y una vez otorgado, nuestra revista solicita a un investigador afín al tema del o de los galardonados que escriba un editorial que explique el valor del descubrimiento^{1,2}.

Entre las autobiografías de los premiados, que son muchas, resalta la de J. Michael Bishop titulada *How to win a Nobel Prize*³. En 1989, el Premio Nobel de Fisiología o Medicina le fue otorgado, junto con Harold Varmus, por su descubrimiento del origen celular de los oncogenes, convirtiendo a los retrovirus en meros vectores del gen. Recientemente, el segundo de los galardonados, Harold Varmus escribió un libro, *The Art and Politics of Science*⁴ el cual me llegó a cuestionar el concepto de “Premio Nobel como pináculo de una carrera científica”⁵. Veamos lo que trata.

El libro es el producto de tres conferencias solicitadas al autor en 2003 por la directora de la *New York Public Library* quien pretendía resolver el controvertido problema de los idiomas propios de las dos culturas, el de la ciencia y el de las humanidades, el problema planteado por C. P. Snow⁶ en 1959, conseguir un idioma entendible para los miembros de ambas culturas. Harold Varmus parecía el candidato ideal. Su primera formación universitaria, en camino a un doctorado (*Ph.D.*) había sido en Literatura Inglesa, tema de la primera conferencia y primer capítulo del libro. Sin embargo, por diversas sendas en las que intervino el azar, Varmus luego se recibió de médico, se dedicó a la investigación básica en

cáncer y obtuvo el Premio Nobel. Este es el tema de la segunda conferencia y segunda parte del libro. Pero al llegar a la tercera conferencia y tercera parte del libro, nos encontramos con Harold Varmus como Director, entre 1993 y 1999, del NIH (*National Institutes of Health*) el más renombrado centro de investigación médica de los EE.UU. Este período fue la época de oro de esa institución y mucho del éxito se debió al carisma y dotes oratorias de su director, incluso enfrentando miembros del Congreso. Este destacado rol como político de la ciencia continuó al inicio del nuevo siglo con su nombramiento como Presidente del *Memorial Sloan Kettering Cancer Center* en Nueva York. Esto lo cuenta en la cuarta parte del libro junto con su participación y apoyo en temas controvertidos como las vacunas contra el sida, el genoma humano y las células madres y reprogramadas. Particularmente interesante es el último capítulo sobre *Science publishing and science libraries in the internet age*, donde describe como fue uno de los tres fundadores de PLoS (*Public Library of Science*), la revista abierta para todos.

Si bien el libro es de placentera lectura, mi objetivo en esta nota es resaltar la importancia de Harold Varmus como “político de la ciencia” (en el buen sentido de la palabra política) tan importante para su país y tal vez tan importante como el Premio Nobel otorgado por su descubrimiento de los oncogenes. Y aquí intento una extrapolación a nuestro primer Premio Nobel en ciencia, Bernardo Houssay.

Este año se cumplen los 90 años de la creación del Instituto de Fisiología, en 1919, Instituto al que se llega a partir de un concurso por la Cátedra de Fisiología en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, muy disputado y parejo, que enfrentaba a Frank L. Soler y a Bernardo A. Houssay en el cual el entonces Decano de la Facultad de Medicina, Alfredo Lanari (padre), tuvo que decidir por desempate al ganador. Esto lo cuenta en lujos de detalle el sociólogo Adolfo Buch, en un libro titulado *Forma y función de un sujeto moderno: Bernardo Houssay y la fisiología argentina*⁷. Reconozco que como investigadora admiradora de Houssay, este título me chocó ¿otro idioma como diría Snow? Pero en una segunda lectura aprendí a valorar el libro: describe las arduas luchas políticas que tuvo que soportar Houssay para llegar a las metas que se había trazado, y es una pena que el texto no siga más allá de 1943 porque sus luchas siguieron.

Reconozco que, desde mi torre de marfil de investigadora, admiraba a Houssay por sus descubrimientos⁸, reconocidos en el Premio Nobel, pero el libro de Varmus y el de Buch, con enfoques tan diferentes al mío me llevan a darle a Houssay tanta o más importancia a por sus logros como político de la ciencia que como investigador. Como tal se destaca la creación del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), como coronación de tanta lucha para asegurar el progreso de la ciencia en su país, como lo ilustran sus *Escritos y Discursos* compilados por Ariel Barrios Medina y Paladini⁹.

Para concluir, sólo quiero destacar cómo dos científicos, hijos de inmigrantes, en dos países diferentes y a 50 años y dos generaciones de distancia, lograron, por un lado, un Premio Nobel por sus descubrimientos y por el otro, dirigir la institución científica más importante de sus respectivos países. Valiosos ejemplos del Arte y la Política de la Ciencia... ¡ojalá se de más a menudo esta valiosa combinación!

Christiane Dosne Pasqualini

chdosne@hotmail.com

1. Pasqualini CD. El arte de hacer investigación: una visión personalizada. En: Investigación en cáncer y citogenética. Buenos Aires: Eudeba, 2007, p 12.
2. Pasqualini CD. El arte de hacer investigación. Una visión personal. *Medicina (Buenos Aires)* 1003; 63: 82-4.
3. Bishop JM. How to win the Nobel Prize: an unexpected life in science. Cambridge MA: Harvard University Press, 2003, 272 pp.
4. Varmus H. The Art and Politics of Science. New York: Norton 2009, 316p.
5. Pasqualini CD. El significado del Premio Nobel en Fisiología o Medicina. *Medicina (Buenos Aires)* 2007; 67: 309-13.
6. Snow CP. The Two Cultures. Cambridge MA: Cambridge University Press, 1998.
7. Buch A. Forma y función de un sujeto moderno: Bernardo Houssay y la fisiología argentina (1900-1943). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2006, 496 pp
8. Pasqualini CD. Bernardo A. Houssay (1887-1971) *Medicina (Buenos Aires)* 2003; 63: 90-1.
9. Barrios Medina A, Paladini AC. Escritos y discursos del Dr. Bernardo A. Houssay. Buenos Aires: Eudeba 1989, 632 pp.

A famous Victorian story reports the reaction of an aristocratic lady to the primary heresy of her time: "Let us hope that what Mr. Darwin says is not true; but if it is true, let us hope that it will not become generally known". Teachers continue to relate this tale as both a hilarious putdown of class delusions (as if the upper crust could protect public morality by permanently sequestering a basic fact of nature) and an absurdist homely about the predictable fate of ignorance versus enlightenment. And yet, I think we should rehabilitate this lady as an acute social analyst and at least a prophet. For what Mr. Darwin said is, indeed, true. It has also not become generally known, at least in our nation.

En un famoso cuento victoriano, una señora aristocrática, frente a la primera herejía de su tiempo, reacciona de esta manera: "Espero que lo que dice el Sr. Darwin no sea cierto; pero si fuera cierto, espero que no llegue a difundirse". Los maestros siguen contando este cuento tanto como un ejemplo comiquísimo de las delusiones de clase (como si la clase alta pudiera proteger la moralidad pública secuestrando un hecho básico de la naturaleza) como un dicho absurdo sobre el destino predecible de la ignorancia *versus* la explicación. Y sin embargo, creo que tendríamos que rehabilitar a esta señora como una aguda analista social y por lo menos una profeta. Porque lo que dijo el Sr. Darwin es, indudablemente, la verdad. Sin embargo no ha sido reconocido como tal, por lo menos en nuestra nación.

Stephen Jay Gould (1941-2002)

Darwin's more stately mansion. *Science* 1999; 284: 2087